CAPILLA ALFONSINA

XXXI

Entre los sitiadores

Las noticias del estado que guardaba la plaza llegaban continua y oportunamente al campo de los republicanos, y el general Díaz, con una prudencia notable en su edad, comprendió que la ciudad se rendiría muy pronto, sin necesidad de exponerla á los horrores de un asalto.

Se le hicieron proposiciones por parte de los sitiados, pero con esa lealtad heroica que distinguió á los caudillos de la segunda guerra de Independencia en México, Díaz no quiso traslimitar las facultades que había recibido del Presidente, y se negó á entrar en convenios.

Hay una observación curiosa que hacer, en la sangrienta y larga guerra que sostuvo México contra Francia. El Presidente Juárez, reconocido jefe legítimo de la Nación, arrebatado por los acontecimientos, había ido á

establecer su gobierno á uno de los ángulos más remotos del país, y desde allí, sin tropa y rodeado apenas de una media centena de hombres constantes, dictaba órdenes que, atravesando la Nación, conducidas por un arriero, por un hombre desconocido y escritas en un cuarterón de papel, y muchas veces sin sello de ninguna clase, eran acatadas y obedecidas por caudillos populares que combatían á la cabeza de miles de hombres, y que cumplían sin vacilar, disposiciones que muchas veces venían á arrebatarles el mando y á poner en conflicto un ejército ó una gran parte de la Nación.

La salvación de la Patria y el amor á la Independencia, produjeron entre aquellos hombres rasgos tan grandes de abnegación y de lealtad, que el gobierno republicano no alcanzó ni á comprender, y que debían recogerse por la historia, antes que muchos laureles de sangrientos triunfos.

Los invasores, y una gran parte de personas influyentes en la capital, mandaron comisionados, á un general primero y luego al general Díaz, ofreciéndoles todos los recursos y pertrechos que tenía en sus depósitos el ejército francés, las principales plazas que ocupaban, inclusa la capital, y la obediencia de una gran parte de los ejércitos imperiales, con la única condición de que no reconocieran á Juárez y de que ellos subiesen al poder ó proclamaran á cualquiera otra persona. A pesar de lo

CAPILLA ALFONSINA

halagüeña y seductora de esta promesa, los dos generales, sin ponerse de acuerdo, y separados por más de doscientas leguas, rechazaron los ofrecimientos, prefiriendo la prolongación de la lucha á un triunfo fácil, que no estuviera conforme con sus ideas caballerosas.

La Providencia premió su lealtad, coronando de gloria sus banderas.

La línea de circunvalación en el sitio de México era tan extensa que se habían establecido tres oficinas telegráficas para que pudiesen comunicarse entre sí los tres jefes de las líneas en que estaba dividida la de circunvalación.

La villa de Guadalupe era el cuartel general de la del Norte, que mandaba el general Corona; Tacubaya era el cuartel general de la de Occidente, que mandaba el general Díaz, jefe también de todo el ejército sitiador; y Mexicalzingo era el centro de operaciones de las líneas de Oriente y Sur.

Durante la noche, los partes telegráficos cruzaban de uno á otro cuartel general. Todas las tropas estaban sobre las armas, y todo dispuesto para arrojarse sobre el enemigo, en caso de que, impulsado por su desesperada situación, pretendiese hacer una salida, buscando, no el triunfo, sino la salvación en la fuga.

Las familias refugiadas en todos los pueblos de los alrededores velaban también con una ansiedad mortal.

Nuestros dos amigos, Jorge y Murillo, al lado de su regimiento, esperaban en una de las calzadas el momento de dar la carga. Cuando se espera un combate próximo, más que el temor, domina un sentimiento de impaciencia que hace parecer eternas las horas, y quizá por eso, al romperse el fuego, no se sienten los hombres con esa

impresión pavorosa que es consiguiente al encontrarse frente á una muerte casi segura.

—Jorge, decía Murillo, he sido muy imprudente contigo; pero tú te has vengado pagándome con una generosidad, digna sólo de ti.

—No hablemos de eso; porque si algún imprudente ha habido aquí, he sido yo, que estreché mi amistad con

Elena más de lo que debiera, y comprendiendo todo el peligro que en eso había.

—Tienes razón, no hay para qué hablar más: Elena está muy calmada, y todos podrán ser muy felices.

—¿Cómo podrán? Podremos debes decir mejor. Pues qué, ¿no te acuerdas ya de Leonor, y no consideras qué dentro de dos días á lo más estamos ya en México?

—No me hables ya más de Leonor, á pesar de que, como sabes por Alejandra, Caralmuro conoce ya que no es su hija ella; que, á lo que parece, no busca sino una posición elevada. Ha logrado seducir al viejo Mondragón, aquel amigo de Caralmuro que vimos en su casa, y muy pronto van á casarse.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Un amigo que salió esta mañana de México por las canoas, que es conocido de Mondragón, me lo ha contado todo.

—Puede que todavía tenga eso remedio.

—¿Qué remedio? si esa misma persona me ha contado que ha visto á Leonor, viviendo en la casa de Mondragón.

—Eso sí ya es grave. Entonces pensar en otra, que en México sobran muchachas bonitas, y cualquiera de ellas puede hacerte feliz: no hay que afligirse; el mundo es grande, tú joven, y nadie sabe lo que sucederá mañana.

—Tienes razón, soy un tonto.

La mañana comenzaba á aclarar, y todos los soldados empezaron á moverse, porque en un campamento, aunque se pase la noche en vela, al despuntar la aurora, cuando suena ese toque que los soldados llaman de levante, y las músicas y las bandas de los cuerpos lanzan al viento las notas de esas alegres dianas con que se saluda al nuevo día, todo el mundo parece despertar como de un profundo sueño, y los tristes pensamientos de la noche se van como perdidos en las últimas sombras que se disipan.

Un ayudante pasó galopando junto á Jorge.

— ¿Qué hay de nuevo, compañero?

— Que ya se acabó todo.

Muchos oficiales se agruparon en derredor del ayudante.

— ¿Cómo se acabó? preguntó Jorge.

— A la madrugada el enemigo abandonó todas las fortificaciones, los nuestros se apoderaron de ellas, y toda la ciudad está ya en nuestro poder. Oigan los repiques de la catedral.

Los ecos sonoros y majestuosos de la campana mayor de la catedral de México, llevados por las puras brisas de la mañana, llegaron á confirmar la verdad de las palabras del ayudante.

— Soldados: ¡triunfó la Independencia! ¡Viva México!

— ¡Viva! repitieron todos.

CAPILLA ALFONSINA

Y los oficiales lloraban y se abrazaban, y los soldados gritaban, y lanzaban al aire sus gorras, y las dianas atronaban los campamentos.

Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores; aquel era el momento sublime del TABOR; allí la patria bella, radiante, transfigurada, contemplaba su triunfo. Aquel era el instante que todos y cada uno de los patriotas quisieran haber prolongado por una eternidad . . . . .

. . . . . .

Inmediatamente que la noticia del triunfo circuló por Mexicalzingo, todas las familias que habían salido de la ciudad comenzaron á disponerse para volver á ella, y tres horas después, multitud de canoas se deslizaban sobre las aguas de la laguna, conduciendo á México infinidad de personas, ansiosas por volver á ver á sus amigos y á sus intereses.

— ¿Qué hacemos? preguntó Alejandra.

— ¡Qué hemos de hacer! contestó Margarita; volvernos inmediatamente á México; no hay peligro ya de ninguna clase y es necesario buscar á tu padre, antes que por estos acontecimientos vaya á tener necesidad de salir de la capital. Cacomixtle sabe dónde vive, ¿es verdad?

— Sí, dijo Cacomixtle.

— Pues vamos, dijo Margarita.

— ¿Y Jorge? preguntó Alejandra.

— Ha de estar tan ocupado con la entrada de las fuerzas, que ya aquí no le hemos de encontrar; quizá estará ya en México; tú no te apures, que él tendrá cuidado de buscarnos.

— Pues yo me voy, dijo Cacomixtle, á conseguir una canoa que nos lleve, porque más tarde será imposible; las espero en el puente.

El muchacho salió corriendo, y poco después las dos mujeres salían de la casa, acompañadas de Tula y de Anita, que las iban á dejar hasta el embarcadero y que esperaban verlas al otro día en México.

El Cacomixtle tenía ya preparada una chalupa; los tres se colocaron en ella, y conducida por un remero mocetón y robusto, en dos horas llegaron á desembarcar dentro de la ciudad en el Puente de Jamaica: serían las doce del día. Cacomixtle se echó al hombro el pequeño equipaje, y preguntó á Margarita:

— ¿A dónde?

— A la casa de Juan, contestó resueltamente Margarita.

Y el Cacomixtle echó á andar, sirviéndoles de guía.

A pesar de los repiques, no reinaba dentro de la ciudad la misma animación ni el mismo alboroto que en los campamentos.

Pocas personas se atrevían á salir; todos los vecinos estaban sobrecogidos aún por las terribles escenas que

CAPILLA ALFONSINA

habían presenciado, y casi todo el ejército sitiador permaneció, aun en estos momentos, fuera de las garitas de la ciudad.

Margarita, Alejandra y el Cacomixtle llegaron hasta la puerta de la casa de Caralmuro; el zaguán estaba abierto, y el viejo portero, con sus gafas puestas, leía un Boletín del Ejército Republicano, con la misma fe con que pocos días antes recorría las líneas de los periódicos imperialistas.

— ¿El señor don Juan? le preguntó Margarita.

— Salió, contestó el portero.

Margarita volvió la cara á ver á Alejandra y al Cacomixtle.

— ¿Y don Plácido? preguntó el muchacho.

— También salió, contestó el portero.

— ¿Qué hacemos? dijo Alejandra.

— Los esperaremos, contestó Margarita.

Y luego, dirigiéndose al viejo, preguntó:

— ¿Tardará mucho?

— No, porque ya es hora de que coma.

Las dos mujeres y el muchacho se sentaron entonces humildemente á esperar la llegada de don Juan, en una banquita de madera de esas que hay en México en el zaguán de las casas.